Heil rock!

Posted on 7 de junio de 2016 by Rafael Núñez Florencio

En el libro de Andrés Barba del que les hablé el otro día, *La risa caníbal. Humor, pensamiento cínico y poder* (Barcelona, Alpha Decay, 2016), se plantea en varias ocasiones el siempre controvertido tema de si podemos reírnos de la desgracia ajena, de los atentados terroristas, de las catástrofes: del mal, por decirlo en una palabra. Dejaré por ahora los acontecimientos más impactantes, como el del 11-S y la destrucción de las Torres Gemelas (a los que se dedica todo un capítulo, con el expresivo título de «Prohibir la risa») y me limitaré a transcribir un incidente más nimio, pero no por ello menos representativo del problema de los límites del humor. Joan Rivers, una conocida cómica estadounidense, hizo en una de sus actuaciones un atrevido chiste sobre la infancia y los discapacitados, dos grandes tabúes en su país. Dijo algo así como que odiaba tanto a los niños que sólo podría soportar tener una hija sorda y ciega. Un espectador le increpó airado: «¡Eso no tiene gracia! ¡Yo tengo un hijo sordo!» Y, según Barba, la cómica, Joan Rivers, le contestó con furia: «¡Claro que es divertido! ¡Tú sí que no eres divertido! ¡Lárgate de aquí! ¡Mi madre era sorda, gilipollas! ¡Déjame que te explique de qué va esto de la comedia: la comedia está para hacer reír a la gente y para que todos podamos seguir con nuestra vida, imbécil! Durante años estuve viviendo con un hombre al que le faltaba una pierna y siempre hacía el chiste de que si tenía un hijo con dos piernas dudaría de su paternidad! ¡De eso va la comedia, gilipollas!»

La traducción libre de la anécdota podría ser más o menos esta: ¡la vida ya de por sí es suficientemente jodida como para que encima no nos podamos ni reír de ella! Es un argumento ciertamente atendible y, de hecho, mucha gente tiene ese planteamiento como divisa. En última instancia, remite al clásico «reír para no llorar». Pero como el tema es complejo, tiene otras muchas vertientes. Y hoy me gustaría tratar de una de ellas, una dimensión que surge de ese mismo caldo de cultivo, pero que después sigue un desarrollo claramente diferenciado.

Para empezar por donde se debe, me tengo que poner un pelín didáctico. No teman, sólo será un momento. Comencemos diciendo lo que los profesores de filosofía decimos a nuestros alumnos el primer día de clase: que el hombre, además de bípedo implume, es un animal simbólico. Esto no es más que una obviedad. Lo que ya no es tan obvio y, por el contrario, da lugar a arduas disquisiciones, es el paso siguiente: qué son y, sobre todo, qué significan los símbolos para el ser humano. Simplificando mucho –y dejando aparcado el tema del lenguaje– podríamos decir que un símbolo tiene el valor que nosotros queremos darle. Ni más ni menos. Por deslizarnos ya hacia el terreno que nos importa, algunos

símbolos valen tanto para algunos (muchos) seres humanos, que no dudarían en dar su vida por ellos o por lo que ellos representan. Tal es el caso de la bandera de su país para los patriotas o la cruz para los cristianos. Sin llegar a tal nivel, hay símbolos que nos agradan o nos atraen y otros que francamente nos repugnan. Hoy en día, en nuestra sociedad democrática y avanzada, la gran mayoría de los ciudadanos con algunos conocimientos históricos dicen sentir un fuerte rechazo o, como mínimo, una cierta prevención hacia la esvástica y la hoz y el martillo (más aquella que estos, pero esa es otra cuestión), los símbolos de los mayores movimientos totalitarios del siglo XX. En nuestro país, por lo menos, un partido o un grupo político que se presentara desembozadamente con emblemas fascistas y alardeara de ellos, cosecharía pocos votos y menos apoyos. ¿Se imaginan a miles de jóvenes siguiendo enardecidos a un líder con las insignias nazis?

Y, sin embargo… Pues sí, lo han acertado, de esto precisamente quiero hablar, de ese sin embargo… Jaime Gonzalo acaba de publicar un libro con el título inequívoco de *Mercancía del horror. Fascismo y Nazismo en la cultura pop*. Desde su misma portada, con un fondo rojo, emerge una figura híbrida entre David Bowie y Adolf Hitler, con una mirada alucinada e inquietante. No se sabe muy bien si va a cantar *All the madmen* o arengar a las masas o decretar la aniquilación de un pueblo. La primera cita de la primera página funde ya sin dejar resquicio a la duda la estética roquera con la parafernalia infernal: es la letra de una canción de Chuck Berry (*School Days*, 1957) que entona «Heil, heil rock and roll». Al pasar página, nos encontramos con una foto del mismo cantante portando la cruz de hierro, no en la intimidad, sino en un concierto en el Madison Square Garden en 1969. Al lado, un fragmento de la letra de Pere Ubu, *Final solution* (1976): «Necesito la solución final». Y un poco más adelante, pero sin salir de la introducción, lo que cantaba la banda punk Angry Samoans en *They Saved Hitler's Cock* (1981): «Conservaron la polla de Hitler, la escondieron bajo una roca. / La descubrí la pasada noche, y no pude creer lo que veía. / Si la polla de Hitler pudiera empezar a hablar, diría: A matar».

Antes he aludido de pasada a la estética roquera. Pero ya en este punto, antes de bucear en el tema, me pregunto con una cierta inquietud si es una cuestión estética o, dándolo por hecho, si es *sólo* una cuestión estética. Vayamos por partes. Reconozcamos que en un mundo tan amplio y variopinto como el que estamos tratando, hay de todo. A veces, planteamientos de una ingenuidad desarmante, como el que explicita el agente de Ramones, Danny Fields, judío y homosexual: «Nadie se toma el tema de la exterminación de los judíos europeos más en serio que yo. No me gusta bromear sobre ello, no me parece divertido. Pero, ¿por qué no comprarte una preciosa chaqueta de cuero negro con las letras SS, como hizo Ron Asheton?» Confieso que yo, por lo menos, tuve que leer dos veces las frases anteriores y, aun así, me quedé con la duda de si hablaba en serio o el problema estaba en

mí, que no cogía el chiste.

En otras ocasiones, aunque resulte casi tan sorprendente como lo anterior, se trata de un problema de pura y simple ignorancia. Jaime Gonzalo cuenta el caso de los Dead Boys. Llegaban a Nueva York desde Cleveland para grabar su primer elepé. Se presentaron en el estudio cargados de elementos nazis. Su productora, Genya Ravan, una judía que había huido de Polonia durante la guerra, se negó en redondo a trabajar con ellos si no se desprendían de las esvásticas. Johnny Blitz, el batería del grupo, reconoció que no sabía lo que significaban esos adornos: «Se quitaron las esvásticas. Yo sabía que los Dead Boys no eran nazis, sólo jóvenes y punks. Querían probar todo lo prohibido».

Dejemos ese nivel. Es verdad que la superficialidad, la ignorancia y la frivolidad nunca van a abandonarnos del todo en nuestro recorrido, pero se van a insertar en un ámbito de mayor consistencia. Para entenderlo, partamos de la base de que la mayor parte de la música roquera y, aún más, de la cultura pop en general, han considerado que su fuerza estaba en la puesta en escena. Era la traducción libre del famoso dictamen de Marshall McLuhan: en este caso, las apariencias, el envoltorio o la escenografía constituyen el mensaje o, por lo menos, una parte muy importante del mensaje. Y, hablando de parafernalia para encandilar a las masas, había por fuerza que reconocer que los nazis eran unos maestros. Jaime Gonzalo cita en este contexto manifestaciones que no dejan lugar a dudas. Por ejemplo, Brian Ferry: «Los nazis sabían cómo llamar la atención, su presencia era impresionante». O, más concreta y claramente: «El modo en que escenificaban sus apariciones, ah, señor mío… […] sencillamente fantástico». David Bowie expresaba lo mismo insertando la emotividad en un marco de explicación racional. Era –decía– una cuestión de sabia instrumentalización de símbolos, una magistral apropiación de símbolos poderosos, casi irresistibles: «Me interesaban los símbolos de los nazis. En mi opinión tenían el más poderoso aparato simbólico de los invocados en términos de historia política: la esvástica. Se hicieron con un símbolo budista, el símbolo oriental del sol, y le dieron la vuelta, convirtiéndolo en símbolo de la oscuridad. Eso me intrigaba».

«Eso me intrigaba», dice el famoso cantante. Yo diría que se quedaba corto. No le intrigaba en el sentido de que le despertara curiosidad. Incluso aunque habláramos de atracción, seguiríamos en tono menor e inadecuado, porque no se trataba –por ejemplo– de algo equiparable a la atracción que ejerce intelectualmente un problema no resuelto. El término más adecuado sería más bien fascinación. Aquí damos ya un paso más, un importante paso que nos aleja de la cuestión meramente estética y nos acerca al significado profundo de los símbolos. En el fondo, se reconoce así en la afirmación que he citado antes de Bowie: el símbolo del sol transmutado en representación de la oscuridad. Los emblemas asociados a la luz o el bien, convertidos en sus opuestos sin perder su fuerza expresiva, antes al contrario.

Más fuertes, más sugestivos. La seducción del mal. La atracción del abismo. El énfasis no se pone ya en elementos sueltos (la esvástica, el saludo brazo en alto, la cruz de hierro, los uniformes, etc.), sino en la evocación de un ambiente maléfico, una atmósfera infernal, una perversión irresistible: «Estamos atizando fuegos que arderán hasta el amanecer. / Nos envuelve el olor de libros y piedra caliente. / Aunque es el cuero lo que se nos ha quedado adherido a mi piel. / Fuertes son los lazos que atamos. / Sentimos el vapor a medida que asciende a nuestro derredor» (*Muscle Bound*, 1981, Spandau Ballet).

Un biempensante argüiría que todo ello tiene un pase si no disolvemos los límites. Al fin y al cabo, desde que el mundo es mundo, el mal ha sido recreado de todas las formas posibles en las representaciones literarias y artísticas. *Nihil novum*… Si fuera realmente así, nada habría que añadir, del mismo modo que aceptamos y no nos incomoda en absoluto, pongo por caso, que en miles de películas se reviva el hábitat nazi con los propósitos más variopintos, incluyendo la recreación sensual y morbosa. En otro orden de cosas, nadie en su sano juicio pondría cortapisas o prohibiría la publicación y venta de *Mein Kampf* o *El mito del siglo XX*. Pero a cualquiera se le alcanza que, en el ámbito que estamos examinando, las cosas son más complejas. La importancia del estilo, la forma o la apariencia lleva a que la búsqueda obsesiva de lo nuevo, deslumbrante o más aparatoso desemboque inevitablemente en la provocación como el atajo más fácil para lograr aquellas metas. Al final, la bravata o la chulería se convierten en requisitos inevitables. Desafío, *ergo* existo. Y si no, no consigo mi minuto de gloria. El campo de concentración de Bergen-Belsen era el protagonista de una célebre canción de los Sex Pistols: «Belsen fue la monda, me dijeron el otro día. / En las tumbas abiertas en las que yacen todos los judíos / la vida es divertida, ojalá estuvieras aquí. / Escribían en postales a sus seres queridos. / El sargento mayor está en marcha. / Limpia los cuerpos en almidón. / Los ve morir uno a uno. / Supongo que ha muerto, supongo que está contento. / Qué chungo. / Sé un hombre. / Sé un hombre, Belsen estuvo guay» (*Belsen Was a Gas*, 1978, Sex Pistols).

A menudo la provocación se manifiesta en un talante iconoclasta tan elemental y primario que cae de lleno en lo infantil. Cualquiera diría que estamos ante algo muy semejante a la rebeldía o, mejor aún, la pataleta rabiosa del niño malcriado. En el libro se insertan unas fotografías que hablan por sí solas y, en este caso, son más expresivas que las meras descripciones. Así, por ejemplo, instantáneas de Vivienne Westwood, Sid Vicious y Siouxsie Sioux «normalizando la esvástica punk». La esvástica es guay, parecen decirnos con una pose desafiante. Como dice el autor, acaba acuñándose el concepto de «nazi chic». Si esto no es la banalización del mal, reconozcan que se le acerca mucho. Dos páginas después, pueden verse más fotografías de ese «nazi chic», en este caso exportado a tierras asiáticas: chicos y chicas posando orgullosos con sus uniformes del Tercer Reich o directamente

emulando a Hitler, con bigotito incluido. Es la «normalización del vestuario nazi», a veces con ribetes *sadomaso* y otras veces como simple expresión de una estética *gamberra*. La aceptación generalizada y *natural* (cuando no entusiasta) de la simbología nazi entre las jóvenes generaciones lleva a la industria textil a lanzar camisetas que baten récords de ventas. Una de las más conocidas y de mayor éxito lleva la foto de Hitler ante un mapa de Europa y la leyenda «Adolf Hitler European Tour».

¿Qué quieren que les diga? No abogo por prohibir nada de eso, y además pienso que no serviría de nada. Más bien sería contraproducente. El desprecio que me merecen esas actitudes sólo me lleva a la indiferencia. Auténticos rebeldes sin causa, niños bien jugando a ser malotes, fans descerebrados, adolescentes desnortados y, en la cúspide de todos, unos *artistas* multimillonarios jugando a ser diablos. A menudo, detrás de la fachada iconoclasta –bastan unas cuantas copas o unos cuantos canutos– emergen los prejuicios más rancios, la prepotencia más rastrera y hasta el racismo más canalla, es decir, la cara auténtica de estos ídolos de barro. En el libro se menciona, entre otros asuntos, el discurso de Eric Clapton en Birmingham contra los «putos moros», los «putos negros», los «putos y asquerosos extranjeros» en general que están ensuciando Inglaterra, un país blanco y para los blancos. Al final resulta que los nuevos ídolos tienen las mismas cochambrosas ideas que los antiguos líderes. Si los viejos roqueros nunca mueren, los viejos fantasmas de Europa mucho menos.

Es verdad que algunos lectores echarán de menos en este recorrido una atención a otros símbolos tan letales como los del fascismo. No es sólo una cuestión imputable al autor del libro. Hay también, y sobre todo, una evidente hemiplejia ideológica en nuestra opinión pública. Y –podríamos añadir por lo que respecta a nuestro entorno cultural– un patente distanciamiento con respecto a estos asuntos. No comparto el tono displicente de Jaime Gonzalo al juzgar la reciente trayectoria del país, pero debe reconocerse que, orillando el tono sentencioso, no le falta razón cuando señala: «Que para bien o para mal España nunca ha formado parte del todo de Europa lo demuestra, entre otros hechos, la escasez en tiempos recientes y remotos –con excepción quizá de un breve período en la década de los 80– de manifestaciones o absorciones de nazismo y fascismo en su cultura popular». Y añade que, «pese a la sólida tradición cavernaria que pesa sobre España, cuesta imaginarse a una banda de rock o pop extramuros de ese ámbito flirteando con iconografía parafranquista». Una anécdota curiosa a este respecto es el escándalo que se formó cuando un futbolista portugués fichado por el Real Jaén apareció ante los medios en la rueda de prensa de presentación «luciendo una camiseta negra estampada con una imagen de Franco realizando el saludo fascista».

Aun así, no faltaron grupos españoles que coquetearon con la parafernalia nazi e hicieron sus pinitos. Espasmódicos cantaban que los nazis «sólo pretendían hacernos un favor: / librarnos

de cualquier raza inferior». Ilegales tenían una canción titulada «¡Heil Hitler!» (1983), en la que manifestaban su simpatía por los nazis y jugaban con las palabras judíos, olor o jabón. Uno de los miembros de esa última banda, Jorge Martínez, señalaba en una entrevista cómo funcionaba el rollo: «Y entonces dije vamos a darle por el culo a todos estos *hippies* y tocamos "¡Heil Hitler!" y en ese momento me puse una gorra nazi e hicimos el saludo a la romana y la gente se volvió loca y nos querían matar […]. Al día siguiente, en el estudio de grabación estuvo sonando el teléfono toda la mañana y nos ofrecieron doce contratos y cada vez subiendo el caché. La contrapublicidad funciona». Bien está que no sea yo el que lo diga, sino alguien directamente implicado. Más claro, agua.